

Pasionaria, de Federica Montseny.—197. Glorias guerreras, de Valentín Obac.—198. Amor heroico, de Ricardo Peña.—200. El abismo, de Angela Graupera.—201. Trini, la Pura, de A. Fernández Escobés.—202. El caserío, de Ventura Manceto.—203. El milagro, de Federico Urales.—204. Avelina, de Ponciano Alonso.—205. El intruso, de Juan Ferrer.—206. Jhoas el errante, de Elías García.—207. Tú eres la vida, de Federica Montseny.—208. El amor que nace, de Juan Martí Alcaraz.—209. Tiberianos, de Adrián del Valle.—210. Katherina Feodorovna o el deber, de A. Fernández Escobés.—211. La peliculera, de Diego Ramón.—212. La sin ventura, de Federico Urales.—213. El castigo, de Antonio Guardiola.—214. Corazón de mujer, de Angela Graupera.—215. Corazones, de J. M. Vilariño Guilló.—216. El ocaso de los dioses, de Federica Montseny.—217. El fruto humano, de Valentín Obac.—218. Lidya, de María Solá.—219. La risa de las flores, de Federico Urales.—220. El último cacique, de Vicente Baster.—221. El celoso, de Andrés Ramos Alvarado.—222. El supremo placer de los dioses, de A. Fernández Escobés.—223. El alma de la barriada, de Joaquín Sierra.—224. La mujer que huía del amor, de Federica Montseny.—225. Supo vengarse, de Manuel de Somacarrera.—226. La rapaza del pradal, de Mauro Bajatierra.—227. El aventurero sin ventura, de Federico Urales.—228. La utópica obra, de Ricardo Peña.—229. Vidas humildes, de María del Amparo Borrás.—230. Del monte a la llanura, de Lázaro Brocal.—231. El batelero, de Angela Graupera.—232. Una historia triste, de Federica Montseny.—233. El otro padre, de Diego Ramón.—234. La señorita de compañía, de Rosario Montes.—235. La fuga de dos enamorados, de Federico Urales.—236. Tavi, la india, de J. M. Vilariño Guilló.—237. El hijo del camino, de Antonia Tymón.—238. Supervivencia, de A. Fernández Escobés.—239. El or del pueblo, de Antonio Guardiola.—240. Sacrificio, de Lázaro Brocal.—241. Un Club de mujeres fatales, de F. Aláiz.—242. Nocturno de amor, de Federica Montseny.—243. La alcaldesa X, de Ramón Cortés.—244. La de mi desgracia, de Federico Urales.—245. El hijo, de Dora Ferré.—246. Sembrando ideas, de Valentín Obac.—247. El soto del cerezal, de Regina Opisso.—248. En la cárcel, de Manuel Herrera.—249. Reflejo de Dios, de A. Fernández Escobés.—250. Ley de amor, de Lázaro Brocal.—251. El amor que pasa, de Federica Montseny.—252. Las amas de casa, de Federico Urales.—253. Los viejos, de Angela Graupera.—254. El desquite, de Miguel Rivas.—255. Las montañas de Bohemia, de María Solá.—256. Resurgimiento, de Pedro Mas de Valois.—257. El alma de la campiña, de Mauro Bajatierra.—258. La ventura de una mujer, de Regina Opisso.—259. Mamá postiza, de A. Fernández Escobés.—260. Una amazona, de José Gardeñas.—261. El fantasma, de Lázaro Brocal.—262. El único juez o la conciencia de uno mismo, de Laureano Artigas.—263. ¡Qué fuerte es el amor!, de Máximo Hamleton.—264. El fantasma, de Lázaro Brocal.

LA NOVELA IDEAL

AÑO VII

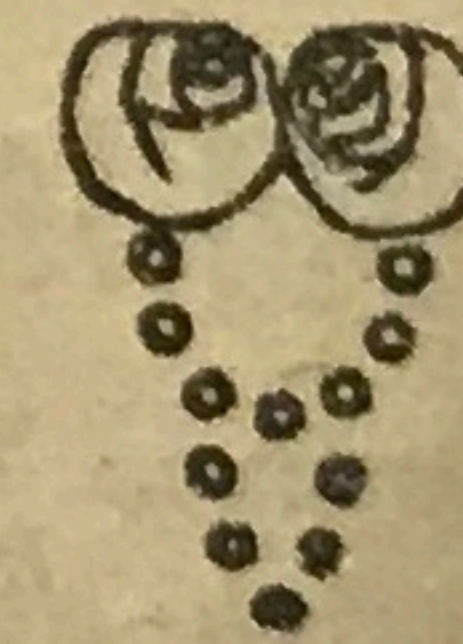
11 marzo 1932

NÚM. 292

María Solá

Δ
 PQ
 61599
 NI345
 S64j
 1932

JULIETA



PUBLICACIONES DE LA REVISTA BLANCA
 ADMINISTRACIÓN:
 Calle Guinardó, 37 - Teléfono 51780 - Barcelona

Se sirven colecciones completas encuadernadas y en números sueltos y se ruega que al hacer los pedidos de novelas atrasadas, se hagan por sus números y no por sus títulos.

Precio de suscripción: Un semestre, 3'50 pesetas.

• • •

No se devuelven los originales que no se publiquen

• • •

LA PRÓXIMA NOVELITA SE TITULARA
LUCHAS ANÓNIMAS
DE PEDRO MAS DE VALOIS

Lotes de libros con rebaja de precios

Primer lote: *Sembrando Flores*, de F. Urales; *La Victoria*, de Federica Montseny; *El aventurero de amor*, de Han Ryner; *El ingenioso hidalgo*, de ídem. Precio: 4'25 pesetas.

Segundo lote: *Los Deportados*, de Ch. Malato; *Los hijos del amor*, de F. Urales; *El hijo de Clara*, de Federica Montseny; *El helenismo en Turquía*, de Angela Graupera. Precio: 4'75 pesetas.

Tercer lote: *Renacer*, de Federico Urales; *Cántiga de Montaña*, de Elías García; *Náufragos*, de Adrián del Valle, y *Jesús es un Mito*, de George Brandes. 4'50 pesetas.

IMPRESOS COSTA. — CONDE ASALTO, 45

I

— Tu nombre, evocador de la célebre tragedia, hace más interesante tu linda personita.

— ¿Y usted, se llama Romeo?

— Me llamo Arturo, pero soy algo romántico y sé querer más que Romeo.

Echóse a reír Julieta, mientras él la miraba con embeleso.

¿Por qué razón aquella gentil parejita él la tuteaba y ella no? Por la eterna razón del desnivel de clases: la graciosa modistilla no se atrevía a tutear al hijo del aristócrata.

Julieta y Arturo eran vecinos; él vivía en el piso principal de una soberbia vivienda, ella era la hija de la portera de otra casa más modesta situada enfrente.

Aunque se conocían de vista desde algunos años, durante los cuales la traviesa niña se había convertido en hermosísima mujer, se hablaban desde hacía poco tiempo. Entraron en amistad un día de lluvia en que ambos esperaban el tranvía, pues el hijo del barón de Serabia también usaba el vehículo del proletariado para ir a la Universidad. Llovía a cántaros, como vulgarmente se dice, y Arturo, además del flamante impermeable, se protegía del aguacero con un soberbio paraguas, mientras la pobre Julieta, que se había olvidado su paraguaitas en casa, trataba inútilmente de resguardarse del chubasco, acurrucándose en un portal.

El tranvía tardaba en venir y Arturo dirigía compasivas miradas a la joven; al fin se le acercó galante:

— ¿Quiere que le preste el paraguas, hermosa niña, pues siento en el alma que se esté mojando?

— Muchas gracias; pero entonces usted se mojaría la cabeza y no hay derecho a que para prestar el paraguas se moje usted.

— Por usted me mojaría a gusto, no sólo la cabeza, sino todo el cuerpo; conque ya lo sabe, simpatiquísima, están a su disposición mi paraguas y mi impermeable.

— Las duchas en el mes de enero no convienen, y yo no puedo consentir que usted se moje.

— Ya que usted tiene buen corazón para conmigo, yo quiero tenerlo para con usted: bajo el paraguas cabemos los dos perfectamente, lo compartiremos.

Desde aquel día Julieta y Arturo fueron amigos y pronto cundió la voz por el taller de que Julieta tenía novio.

— Te felicito, chica.

— ¡Qué simpático y distinguido es! — le decían sus compañeras.

— Pero si no es novio — decía ella.

— ¿No es novio y te acompaña siempre?

— Sí; no es novio a pesar de que me acompaña. Para serlo precisaría que me hubiese pedido relaciones.

Efectivamente, Arturo sólo se limitaba a dirigirle li-sonjas más o menos apasionadas y aquel flirt amenazaba ser eterno. Es verdad que el más elemental sentido común aconsejaba no hacerse ilusiones, pero, ¿quién le impide soñar a una mujer que tiene diez y ocho años, es bellísima y aun no ha probado la hiel de un desengaño de amor?

Además, ella tenía el presentimiento de que la veleidosa fortuna había de devolverle el grato bienestar que tan injustamente le había arrebatado, pues Julieta había nacido en dorada cuna; su padre, en continuas y afortunadas jugadas de Bolsa, se había creado una envidiable posición social. Cuando se hallaba en el apogeo de su opulencia, vino al mundo la niña, que pasó su primera infancia mimada por las riquezas. Al verse don Ignacio dueño de inmensa fortuna, se entregó a la mollicie y a los placeres; la suerte le volvió la espalda, y el dinero como vino se fué... Acostumbrado ya a la holganza, carcomido por el vicio, sin ánimos para ganar el pan para sí y para los suyos, con un pistoletazo puso

fin a su existencia, dejando a su mujer y a su hija en la más espantosa miseria.

Entonces la madre, con el heroísmo tan propio del mal llamado sexo débil, miró cara a cara la vida y se lanzó a la lucha de ganar el pan honradamente para sí y para su querida hijita, llegando al fin a ser portera de la casa vecina de Arturo.

II

— Yo no entiendo lo que es un flirt ni estas cosas ultramodernas, pero lo que sí entiendo es que está reñido con la decencia que una joven vaya del brazo con un hombre sin estar segura de sus intenciones y dar que hablar a las gentes; por lo tanto, si no te decides a hablarle claro, yo misma, usando de mis derechos de madre, le interrogaré, pidiéndole explicaciones de su conducta y de sus intenciones para contigo, pues no hay derecho a que vaya a tu lado nada más para matar el tiempo y te prive de otros pretendientes muy probables y malogre tu reputación con este flirteo tan absurdo como interminable.

Julieta había ido enamorándose paulatinamente de aquel simpatiquísimo joven, y juntando las manos, exclamó deshaciéndose en llanto:

— No, madre mía; no le hable, por Dios... Es mi primer amor... Lo quiero con locura...

La buena mujer comprendió entonces la intensidad de aquel drama, y la madre y la hija acabaron por llorar amargamente.

Para la ex opulenta doña Magdalena, el culto a su hija, único ídolo de su corazón, era la obsesión de su vida, era su orgullo y todo su afán que su hija vistiese y comiese como una burguesa. Por la noche le pagaba una academia para que se perfeccionase en Letras y Contabilidad, y era su sueño establecerla, cuando fuera mayorcita, fundando una casa de modas lo más vistosa

posible, a cuyo fin venía sacrificándose desde varios años, imponiéndose voluntariamente toda clase de privaciones, y no dejaba escapar ningún trabajo con que pudiera ganarse honradamente algunas pesetas. Antes de clarear el día, lo mismo en invierno que en verano, ya estaba en el terrado, donde había los lavaderos, y ya la ropa de casi todos los vecinos de la finca, y cuando estaba sentada en la portería, lo mismo hacía flecos que pegaba botones, que otras mil cositas con que las mujeres laboriosas adquieren algunos ingresos; para ella, Julieta era hija, diosa y reina, y constantemente la contemplaba embobada con lágrimas de orgullo maternal, dándose por bien pagada de todos sus afanes y sacrificios cuando le decían que era el pimpollo más hermoso del barrio, que tenía manos de plata y era educada e instruída como una señorita. De aquí, pues, la desesperación de aquella madre al ver que el corazón de su adorada hija latía a impulsos de un amor imposible... Cuántas y cuántas veces Julieta sorprendía a su madre llorando por ella, cuando antes la veía entregarse a las más rudas faenas siempre sonriente y risueña... Vivía sólo por su hija y reía, lloraba, sufría, trabajaba... todo, todo por ella....

— ¡Pobre madre! — se decía Julieta reflexionando sobre todo esto —. Sufre porque yo sufro y querría verme feliz... Sufre por mi buena reputación, porque ella es una santa mujer... Por ella he de llegar al heroísmo, he de aparentar serenidad, aunque la pena me devore el corazón... Hablaré claro a Arturo, y si conviene dejarlo... ¡ay!, lo dejaré...

Algunos días más tarde, no lejos del portal de la casa de Julieta se hallaban los dos enamorados mirándose con estupor como anonadados por la violencia de aquellas explicaciones que desgarraban a sus corazones por igual. A decir verdad, Arturo de Serabia no pensaba casarse con la gentil modistilla, a la cual, sin embargo, amaba con pasión, y al provocar aquella noche Julieta la ruptura al querer que el joven precisara sus intenciones, este fatal desenlace, que Arturo sabía había de llegar forzosamente un día u otro, no por esperado dejaba de ser menos cruel.

— Pretender luchar contra los seculares prejuicios sociales sería inútil locura, lo cual no es óbice para que siempre te haya admirado y te ame — le dijo al fin.

— De manera que usted nada más viene a mi lado para hacerme perder el tiempo — dijo Julieta dejando de tutearle —. No es que yo me hubiera hecho ilusiones, pero no hay derecho a que, porque una sea pobre, se la lleve del brazo por esas calles de Dios, se dé qué hablar a las lenguas y se prive de esta manera que le salga algún partido decente que le convenga.

En el alma de Julieta había arraigado la creencia de que Arturo la amaba... ¡Cuántas veces al estrecharla él contra su corazón, juntos sus rostros, unidas sus bocas, había notado Julieta en sus mejillas el calor de algunas lágrimas de su amado! Por eso, por aventurado que fuera soñar, Julieta soñaba, y al chocar con la terrible realidad de un desengaño, herida la enamorada joven en lo más íntimo de su amor propio, se desataba su ira en un torrente de denuestos contra Arturo, que la escuchaba trémulo, lívido, con los ojos clavados en el suelo.

— Yo no te he engañado miserablemente — dijo él herido asimismo en su amor propio —, y te digo sinceramente que esta pena nos hiere por igual a los dos. Yo no estoy desprovisto de corazón ni de vergüenza, como tú vienes a suponer; pero, por ahora, no puedo comprometerme seriamente ni contigo ni con nadie... Ahora me conviene estudiar y adquirir práctica de mi carrera en casa de algún abogado famoso; esto último, aunque esté en pugna con la soberbia de mi padre, yo lo estimo conveniente para ejercer a conciencia mi profesión, pues pienso abrir bufete, y cuando tenga clientela y me gane la vida con mi trabajo, entonces podré casarme incluso prescindiendo del consentimiento de mi padre...

— Esto será de aquí a mil años — interrumpió la indignada joven —. Antes de dirigirme la palabra, es cuando había de tener presente usted estos extremos.

— Es que tú me has atraído irresistiblemente, como un imán... Somos jóvenes... Podemos esperar...

— Sí, pero mi madre...

— Comprendo — dijo suspirando el desgraciado galán; — dile, aunque mi corazón se haga añicos, que no debo tenerte sacrificada durante estos años, que si te sale algún partido que pueda labrar tu felicidad, lo dejo a tu albedrío.

— Muy bien — dijo Julieta riendo nerviosamente —. Así pienso hacer'lo. ¡ Buenas noches!, hemos terminado... Arturo la vió partir como quien ve alejarse definitivamente la ilusión más grata de la vida... Su alma, su vida era aquella niña a quien había de renunciar forzosamente y sin la cual no podía vivir... Los dos jóvenes, cada uno por su lado, marcharon a sus respectivas moradas, cabizbajos, tambaleándose de dolor, llena de frío el alma y completamente destrozado el corazón, anonadado por el terrible peso de su primera pena de amor.

III

Algunos meses más tarde, la señora Magdalena sonreía satisfecha ante el nuevo partido que había salido a Julieta, el cual parecía ser aceptado de buen grado por su hija. Era Hipólito Maguncia, el vecino del segundo piso, hombre solo, a quien la portera hacía las faenas de la casa.

En el corazón de Julieta todavía sangraba la llaga viva del desengaño de Arturo; iba con Maguncia, no por cariño, sino más bien para complacer a su madre, influyendo también la pueril satisfacción de hacer rabiar a Arturo al verla tan pronto con otro.

Hipólito Maguncia tenía doce años más que Julieta e iba completamente rasurado, lo cual lo hacía aparentar más joven, y si no fuera por el mundo y la experiencia que en sus conversaciones demostraba tener, se le hubiera tomado por un chiquillo; poseía no poca cultura, amena conversación y una fuerte dosis de simpatía que le atraía el aprecio y la confianza de la mayoría de las personas que lo trataban, todo esto unido a un

exagerado misticismo, pues se le veía mucho en las iglesias; resultaba el tipo ideal para la madre de Julieta, a todo lo cual unía la feliz circunstancia de ser solo en el mundo y por lo tanto completamente libre de su albedrío y de su destino; así, pues, con él no se repetiría el desengaño de Arturo de Serabia que no podía casarse por temor a su padre.

Maguncia vestía con impecable elegancia, lucía variadas y valiosas joyas, se le veía manejar dinero en abundancia; él no poseía bienes heredados de nadie y todo hacía suponer, por el tren de vida que llevaba, que sus negocios habían de ser sumamente lucrativos; él corría todo lo que se le presentaba, lo mismo máquinas de escribir que automóviles usados, comestibles, perfumería, proporcionaba empleos y colocaciones, etc., etc., aunque la fuente de las mayores ganancias era ignorada por la mayoría de las personas que lo conocían. No obstante sus afectadas maneras y su religiosidad eran miradas por algunos como un falso oropel con que tal vez cubría un alma ruin, pero por regla general fanatizaba a la gente, que lo miraba como un dechado de virtudes y entre ellos la madre de Julieta.

Cuando Maguncia estrechaba la suave y bellísima mano de Julieta en el portal de su casa, ésta miraba de reojo a la envidriera tribuna de enfrente, gozosa de dar celos a Arturito, o al menos esta era la ilusión que se hacía la chiquilla y por cierto no se engañaba... Como si entretenerse en aquella martirizante visión proporcionase a Arturo un sádico placer, espiaba todos sus movimientos, sus sonrisas... Creía adivinar por el rictus de sus bocas cuando se hacían un juramento, cuando mutuamente se recreaban con un requiebro, cuando surgía entre ellos algún enojo pasajero, que allá en sus paseos solitarios debía acabar en una lluvia de besos... desearía convertirse en gusano, en libélula, para llegar a ellos tenue, impalpable y ver de cerca sus caricias, presenciar la efusión de sus abrazos, contar el número de sus besos, percibir el vaho de sus suspiros... y dejar en este horrible suplicio el alma y la vida... Sugestionado por esta idea, seguía a veces los pasos de los enamorados, pensando que en el Infierno que creara la

fantasía de Dante no había tortura comparable a la de su corazón atormentado por los celos... Ello le producía un profundo desdén por la vida, nada le interesaba en el mundo y su preocupación moral repercutía hasta en los estudios.

Maguncia, en sus paseos solía coger del brazo a la candorosa Julieta, y un día, mientras pasaban por una florida alameda, murmuró algo a su oído que hizo que la honesta doncella lo soltara de improviso y se pusiera muy seria.

— ¡Tontita! No sé cómo miras las cosas. Esto es muy corriente entre los novios.

— ¡Si mamá supiese lo que usted me propone!

— ¡Vamos! No es ninguna cosa del otro mundo... Y vuelve a tutearme, chiquilla, que no quiero perder tu confianza.

Y ya no insistió más aquel día, pensando que todas las cosas valen tiempo y paciencia.

En una hermosa noche de primavera, a la salida del taller, Hipólito y Julieta se encaminaron al Parque... Por una de las solitarias veredas venía a toda prisa un hombre solo, que los saludó con un atento: «Buenas noches». Julieta sintió vivamente este encuentro, pues se trataba de un vecino, y su reputación no ganaba nada con estos paseos nocturnos, máxime cuando Hipólito no era el primero, pues Julieta, que cuando quería de veras era débil, había paseado por allí también con Arturo.

— ¿Qué tienes, vida mía, que estás tan seria?—dijo Hipólito uniendo su boca a la de Julieta en prolongado beso.

— Lamento en el alma que nos haya visto aquel señor, una persona tan seria como es.

— Por eso mismo. ¿Te convences ahora que sería mejor que tú tuvieras confianza en mí y te dejaras llevar por mis consejos, que desde luego puedes suponer son fruto de mi experiencia del mundo?... Por algo te digo que nuestros coloquios en plena calle son propios de adolescentes; las personas prudentes saben ponerse a cubierto de las hablillas de la gente... Tú déjate llevar donde te indico y ponte tranquila, mujer.

— Es que en un local cerrado no me respetarías.

— ¡Pero qué mas da, si al fin y al cabo has de ser mi esposa!

Tampoco aquella noche la paloma cayó en las garras del gavilán. Una cosa le inspiraba desconfianza de aquel hombre, lo cual también tenía sumamente preocupada a su madre: siendo libre y teniendo dinero, según parecía, ¿por qué no se casaba?, ¿qué esperaba?... Julieta no abordaba esta cuestión por temor a un nuevo desengaño que llenaría de amargura a su querida madre.

Hipólito solía obsequiar a la joven con finos caramelos que nunca compraba en una tienda y siempre traía preparados en el bolsillo, aunque para alejar toda sospecha de Julieta también él comía, pero astutamente, para distinguirlos, los que comía él llevaban un envoltorio distinto. Julieta notaba que algo como una niebla más o menos densa invadía su mente por las noches, que ella atribuía en parte al cansancio del taller y en parte al sufrimiento moral que le ocasionaba aquella boda que no se solucionaba nunca y la impaciencia de su madre.

Una noche, a pesar de esta extraña modorra, hizo un llamamiento a sus facultades para hablar claro a su novio.

Las preguntas de Julieta, aunque esperadas, parecieron desconcertar al rufián; éste tenía un plan estudiado para eludir el casamiento, pero era prematuro emplearlo; él no pensaba ponerlo en práctica hasta después de la caída de Julieta; sin embargo, estrechado el cerco por ella, Maguncia prorrumpió en hipócritas sollozos, lo cual desarmó el furor de la joven, que, profundamente conmovida, le preguntó con dulzura:

— ¿Por qué lloras?

Maguncia, convirtiéndose desde aquel momento en el mejor comediante del mundo, que llegó a despertar compasión inmensa en el alma de Julieta, inventó la falsa historia de una boda desgraciada, y por esto no podía casarse con ella porque fatalmente era casado; pero supo pintar su pasión por Julieta en tonos tan subidos y adornarla con desesperaciones tan patéticas, tan fatalistas, que la candorosa joven creyó que aquel hombre iba

a morir de amor por ella y se dejó llevar cogidita del brazo hasta su casa a pesar de saber que aquel amor era ¡ay! un amor sin esperanza...

IV

Mucho se arrepintió Maguncia de haber obrado tan a la ligera haciendo su falsa confesión cuando todas las circunstancias eran aún favorables a la doncella, la cual podía bonitamente volverle la espalda, naufragando el negocio que con ella pensaba realizar.

Todo dependía entonces del cariz trágico y desesperado que supiera imprimir a aquel amor, que, según decía a la inexperta joven, «había nacido involuntariamente en su corazón al verla tan hermosa y tan buena y era toda su vida, hasta el punto que sin un poco de amor de Julieta para él no habría otra solución que el suicidio».

Y volvieron a ser amigos como antes, llevando la joven inmensa tristeza en el alma y ocultando a su madre aquel terrible secreto.

Desnudo ya de todo pudor y miramiento, le habló claro de sus intenciones y le propuso que, dejando aparte preocupaciones que se oponían a su dicha, fueran de vez en cuando a apurar la divina copa del placer en casa de Mercedes, de la cual ya le había hablado algunas veces.

Sin embargo, Julieta temía dar el primer paso que había de precipitarla por la pendiente del vicio, hasta el punto que aquel asunto, ya excesivamente largo, ponía nervioso al infame seductor; para mejor vencer la resistencia de la joven, la obsequiaba con los bombones que él mismo preparaba con ciertas substancias soporíferas, en un laboratorio que tenía instalado en un misterioso cuartito de su domicilio, en el que jamás había penetrado la madre de Julieta para limpiarlo, y la buena mujer creía que en él guardaba Maguncia sus joyas e intereses. Después de la caída de Julieta, él y Mercedes tenían la intención de tapar con oro la

boca de la madre, como se había hecho con otras, y la anciana acabaría por ceder, sobre todo si en la nueva conducta de su hija veía bienestar para su vejez, y, para asegurar el golpe, Maguncia empleaba con la madre la sugestión y las malas artes que empleaba con la hija, y creía tener gran terreno adelantado por la absoluta adhesión y fanatismo que la señora Magdalena había sentido siempre por el novio de su hija.

Un día la joven, apoyándose en el brazo de Hipólito, le decía:

— Siento a menudo una sofocación y dolores de cabeza que me producen tal atontamiento que pierdo la memoria, la voluntad...

— Todo esto obedece a una sola y única causa: a que tú trabajas demasiado...

— Pero antes no tenía estas molestias.

— Pero, ¿ves? Tarde o temprano tocas las consecuencias de la vida que llevas: encerrada en un local antihigiénico, trabajando con angustia bajo la vigilancia de la dueña del taller, que os explota y os hace trabajar horas extraordinarias como si se tratase de negras, sólo para beneficiarla a ella, no dudes que, de seguir así, se marchitarán prematuramente tu juventud y tu belleza y puedes llegar a perder la salud y hasta la vida.

Julieta lo miró con asombro. ¡Qué amor tan raro el de aquel hombre que, a pesar de quererla ciegamente, como con lágrimas en los ojos le tenía jurado, le aconsejaba con tanta frescura que comerciara con su belleza vendiéndose a los hombres sin experimentar él la más ligera sombra de celos!

Maguncia adivinó el pensamiento de Julieta, y se apresuró a decir:

— Tú tienes pruebas palpables de que yo te quiero con delirio, pero, en la imposibilidad de casarme contigo, mi acendrado cariño me lleva a velar por tu porvenir y a darte consejos paternos: tu madre sueña con una elegante casa de modas, y ¿de dónde va a sacar el dinero, la pobrecita? Además, para estar al frente de un negocio, tú tendrías que ser una mujer de aquellas de pelo en pecho y trabajar más que la

y... adiós dinero y adiós ilusiones. Mientras que Mercedes conoce personas que apreciarían tu belleza como se merece, serías adorada fervorosamente y brillarías como una reina. Como puedes comprender, yo no tengo ningún lucro en esto, y sólo me inspiran estos consejos el cariño que te tengo.

Julieta apenas tenía noticias de la llamada «Trata de blancas», y estaba lejos de sospechar que aquello era un «negocio» en ciernes; creyó, en efecto, que no podía ser otra cosa que el cariño lo que llevaba a aquel hombre a empujarla por aquel camino, cariño muy original, pero cariño al fin.

Cuántas veces, hablándole Maguncia, fijaba con fuerza sus pupilas en los cándidos ojos de la joven, como si tratase de grabarle en el fondo del alma todo cuanto le decía; tal era su afán de convencerla, que a Julieta llegó a extrañarle la actitud de aquel hombre, y cuando él la miraba fijamente, ella bajaba la vista por temor de que la hipnotizara. Si Maguncia hubiera luchado desesperadamente para hacerla suya, aquel hombre desgraciado no le hubiera dejado de inspirar simpatía, pero aconsejarla que fuera de otros, le era incomprendible. No obstante, las palabras del rufián habían hecho mella en su espíritu y pensaba seriamente en su porvenir. Siguiendo por el camino de la virtud, ¿era una buena hija? No, porque consentía que su madre se sacrificase por ella y podía perecer víctima de tantos desvelos maternos. Además ella era guapa como la que más, fina y distinguida para alternar entre la sociedad más selecta. Habiendo fracasado sus ilusiones respecto a su inolvidable Arturo por la fatal influencia de Maguncia, la niña encontraba lógico proporcionarse por otros medios el brillar en sociedad.

En esta lucha no había pedido consejo a su madre, pues de antemano sabía la actitud enérgica que había de adoptar aquella mujer de honradez acrisolada; pero hay que mirar a la vida y al porvenir libres de prejuicios, según le decía Maguncia, y Julieta estaba luchando entre el sentido del honor y la felicidad deslumbrante que le presentaba el malvado. No obstante, un

instinto de desconfianza le hacía prevenirse contra él. ¿Pretendía hipnotizarla cuando la miraba con aquella fijeza que la asustaba? Aquellos dolores de cabeza, aquellos estados morbosos que la aquejaban principalmente después de saborear los caramelos... ¿Estarían éstos preparados con alguna droga infernal para adormecer sus facultades y debilitar su voluntad? Pues la niña había oído hablar vagamente de ciertas cosas que pasan en el mundo y tenía miedo. Pero, eso sí: a pesar de todos los medios empleados, Maguncia no podía gloriarse de que Julieta hubiera sido suya ni una sola vez. Esto acabó por impacientarse al seductor y a Mercedes, que le amenazó con no darle más dinero a cuenta si no le traía la niña.

Una tarde, salió Hipólito sumamente temprano de su casa, y Julieta, que había salido del taller con una excusa, ya le esperaba en una plaza pública. Por fin irían a casa de Mercedes, que al principio la niña frecuentaría a escondidas de su madre y sin abandonar el trabajo... Iban dando vueltas por la ciudad, perdiendo, como siempre, el tiempo. Aquello era desesperante para Maguncia, y se decidió a emplear el recurso supremo. Sacó del bolsillo una caja de bombones, pero la niña se resistió a tomar ninguno... Hipólito cogió uno, lo partió con sus propios dientes y brindó la mitad a Julieta, la cual, ante esa prueba, no titubeó en comérselo, mientras él, en una astuta y disimulada maniobra, se sacó rápidamente de la boca la otra mitad. En aquel bombón había exagerado la dosis de cierta substancia para producir a Julieta un desmayo, mientras un automóvil enviado por Mercedes les seguía a prudencial distancia desde algunas noches. Todo estaba bien medido, pero... al de Serabia le llamó sumamente la atención que Maguncia saliera de casa antes de la hora acostumbrada para ir a buscar a Julieta. Por algunas palabras que había oído siguiéndoles en sus nocturnos paseos, desconfiaba de aquel hombre y se había propuesto vigilarlos. En un banco del Parque, aprovechándose de la semi-inconsciencia precursora del desmayo, Maguncia, no conteniendo por más tiempo su lujuria, tenía audaces atrevimientos en

el cuerpo de la doncella... Una férrea bofetada le hizo rodar por el suelo, y tembló de pies a cabeza al verse cara a cara con Arturo. Como era cobarde y no llevaba nada para defenderse, su intención fué huir, aunque se malograra aquel negocio, pero Arturo le cortó la retirada, y, empuñando su bastón, le dió una de garrotazos hasta dejarlo tendido en el suelo manando sangre... ¿Lo había muerto?... No le importaba. Y cogiendo entre sus brazos a la joven desvanecida, la contempló a la luz de la Luna... Estaba hermosa como nunca, y exclamó, estampando un beso de amor purísimo entre sus labios: «Pobrecita, acabo de salvarte del peor de tus enemigos».

V

Julieta y Arturo no volvieron a ser novios; sólo existía entre ellos una fraternal amistad. Arturo, velando constantemente por ella, la seguía de lejos o de cerca a todas partes, lo cual hacía exclamar a la señora Magdalena:

— ¡Pobrecito!... ¡Cuánto la quiere!... Es muy bueno... Lástima que no puedan casarse...

Afortunadamente, Maguncia, después de la monumental paliza, desenmascarado ante aquel vecindario, ya no volvió a molestar a Julieta, y su primera preocupación, una vez restablecido, fué mudarse a otro domicilio muy distante.

Sucedió un invierno crudísimo, y a la pobre señora Magdalena, de tanto lavar ropa para los vecinos, un día se le heló la sangre en las venas y murió víctima del amor maternal.

Entonces Arturo, instituyéndose voluntariamente en honesto protector de aquella niña, sola en el mundo, ante la imposibilidad de Julieta de trabajar para ganarse el sustento y atender al mismo tiempo la portería, se propuso buscarle una casa honrada para vivir, y pensó en el convento de las Adelaidas, donde había sido educada su prima Elena y a la sazón hacía es-

casamente un año había profesado. La superiora, Sor Raimunda, era gran amiga de la casa de Serabia, y por consiguiente su padre protector de aquel convento. Por esto creyó Arturito que Sor Raimunda le atendería en lo que iba a suplicarla, pues, además de un internado de educandas, tenían una pensión para señoritas que estudiaban la carrera de maestra, y Arturo dedujo que pagando la pensión, que él abonaría desde luego de su bolsillo particular, lo mismo tendrían una estudianta que una obrera.

— Me es imposible complacerte, Arturito — le decía la superiora, después de enterada del objeto de la visita del joven —. No puedo aceptar a tu recomendada. ¿Qué pensaría de nosotros tu señor papá si aceptásemos esa obrerita por la cual tú demuestras tanto interés y prometes pagar espléndidamente la pensión?

— No hay necesidad de que se entere mi padre.

— Todo llega a saberse, Arturito, y nosotras no debemos hacer nada a escondidas de nuestro generoso protector, sabiendo de antemano que es una cosa que ha de desagradarle.

— Hacer el bien es algo que no ha de desagradar a nadie y ha de ser sumamente agradable a Dios. La niña se encuentra sin hogar, la echan de la portería porque trabaja y no puede atenderla. Yo desearía encontrarle un techo honrado bajo el cual pudiera cobijarse tranquila, y he pensado en este convento; y, hablando más claro: como son ustedes profesoras, yo tengo tantísimo interés en que se quede aquí porque cuando ella saliera del taller ustedes perfeccionasen su cultura, abonando desde luego lo que sea.

— Aquí no tenemos obreras.

— Pero tienen a pensión señoritas que estudian la carrera de maestra; y, ¿qué más da?

— No, Arturito; para el régimen del convento no es lo mismo.

Creyendo que la tenacidad de la monja obedeciera a que hubiera hecho algún mal pensamiento, se apresuró a decir el joven:

— Es una niña pura como los ángeles del cielo; no me unen a ella relaciones amorosas, buenas ni malas;

me intereso por ella porque es huérfana y yo me quedé tan pronto sin madre...

— Basta — interrumpió la religiosa, a quien ya se le acababa la paciencia —. Hay asilos para solteras huérfanas, lo cual te saldría más económico y no nos expondríamos al enojo de tu señor papá, que nada bueno pensaría de ti ni de la chiquilla.

Arturo, por dignidad, no quiso insistir, y saludando fríamente salió contristado del convento, dedicándose entonces a buscar con todo escrúpulo una casa de honorabilidad reconocida y en la cual quisieran una joven a pensión.

Arturo se había propuesto ser para Julieta un verdadero hermano y velar por ella hasta dejar asegurado su porvenir. A este fin tenía la intención de proponerle que le confiara la administración de los pequeños ahorros de su madre para hacerles rendir más interés y acrecentarlos cuanto antes a fin de convertir en realidad el sueño de instalar una elegante casa de modas en una calle céntrica... Pero, ¡ay!, no pudo, pues se precipitaron acontecimientos a la par anhelados y temidos: él no amaba a la niña como hermana, su amor era de otra índole, y la naturaleza había de resucitar forzosamente, burlándose del eterno sacrificio del joven... A un beso de amor sucedieron mayores placeres, y un día oyó horrorizado de labios de Julieta que iban en camino de ser padres...

— ¿Qué hacer? — se decía, asustado ante la situación que él mismo se había creado —. ¿Casarnos?... ¡Imposible!

Una boda secreta con la modistilla, de llegar a descubrirse sería un golpe terrible que produciría un definitivo y eterno rompimiento con su padre... Además, él no había terminado la carrera, y aun cuando la hubiere terminado, era necesario abrir bufete y tener clientela... Dos figuras de mujer acudían con frecuencia a su mente como una amenaza que lo hacía temblar de coraje: ambas eran astutas, ambiciosas, influyentes en el barón cada cual a su manera; eran la Bella Diamante, concubina del magnate, cuya presencia Arturito tenía que sufrir en su casa, y la otra Sor Rai-

munda, la superiora de las Adelaidas. Ambas codiciaban lo mismo, y el joven exclamó crispando los puños:

— ¡Oh! No... No... Los millones de la Casa de Serabia han de ser para el hijo que Julieta lleva en sus entrañas.

La buena reputación de la mujer amada exigía la pronta solución de aquel conflicto, y, no pudiendo casarse con ella, optó por esconderla a los ojos del mundo... Cerca de Los Rosales, lugar donde tenían una vastísima propiedad, de la que eran colonos Tomás y su esposa Marta, alquiló un chalet en pleno monte, rodeado de pinos, donde fueron inmensamente felices... Y de aquella ventura inefable quiso que participara Marta su buena nodriza, a la cual y a Tomás les explicó un día su pecado de amor, rogándoles guardaran el secreto, y, al llegar la hora del alumbramiento, Marta asistiera a su adorada Julieta.

Esta fué la única solución que halló Arturito para salvarlo todo, y en la agreste soledad de aquellos montes la enamorada pareja vivía tranquila su delicioso poema de amor, al abrigo de la habladuría de la gente y de sobresaltos y temores, pues aunque el orgulloso barón de Serabia llegara a descubrir aquel idilio, no podría reprochar a su hijo que tuviera una amante, puesto que él vivía con la execrable mujer conocida en el mundo de la Farándula con el nombre de Bella Diamante.

La primavera próxima fué para Arturito doblemente bella y fecunda, pues terminó brillantemente la carrera de abogado y Julieta fué madre de un niño preciosísimo.

VI

Una noche don Julián de Serabia regresó sumamente preocupado del baile de la Cruz Roja. En él había encontrado, después de muchos años, a doña Luisa Quintana, condesa viuda de Presqui, con quien había tenido relaciones amorosas en su juventud.

Era la condesa de Presqui una de estas mujeres que, merced a los recursos inagotables del tocador y la fortuna, tienen eternamente veinte años, y rivalizaba en belleza y lozanía con su propia hija Clarita, con quien Arturo había estado muy obsequioso toda la noche, hasta el punto que el barón se aventuró a soñar en una doble boda, pero, para realizar este sueño, en primer lugar se tendría que deshacer de la Bella Diamante, cosa que no consideraba fácil, pues sabía que tras la obligada e interesada mansedumbre de aquella mujer se escondía un alma de hiena que causaba a don Julián pueril terror.

La vida de la Bella Diamante, cuyo nombre era Fernanda Risler, había sido una serie inacabable de aventuras que deseaba terminar conquistando definitivamente para sí y para su hija la baronía y los bienes de la Casa de Serabia.

Hija de padres desconocidos, en su niñez había sido explotada por una compañía de titiriteros... Logró huir, y para conseguir su ideal de ser estrella de variedades buscó trabajo en algunos cabarets y llegó a tener bastante fama, más que por su arte por su descoco.

Enamorado ciegamente de ella, el joven Alberto Suárez soñó redimirla haciéndola su esposa, pero tuvo que desistir por la tenaz oposición de su madre y de su hermana, aunque continuó siendo su amante, siempre con grave detrimento de los intereses de su buena madre, la cual había quedado viuda prematuramente y dueña de una regular fortuna. Crió con excesivo mimo a sus hijos; a la hija la casó muy joven con un hombre honrado y trabajador, y el hijo había sido siempre una bala perdida, un bohemio incapaz para el trabajo, y los disgustos que ocasionaba a su madre aceleraron la muerte de la pobre mujer. Entonces fué cuando el joven Alberto, libre y dueño de sus bienes, se casó con la Bella Diamante.

Los nuevos esposos se entregaron a una vida fastuosa que les arruinó en poco tiempo. En tan apurada situación, Fernanda suplicó a su esposo que la dejara volver al cabaret para ganar el pan para todos, pues tenían una hijita, y como él no había trabajado nunca,

procuró ahogar la dignidad y los celos dejando que su esposa ganara el sustento como pudiera, y procuraba distraer su dolor entregándose al uso de los tóxicos mal llamados paraísos artificiales, lo cual no tardó en producirle la muerte.

Al verse Fernanda viuda y libre de los escasos miramientos que tenía con su marido, se entregó sin freno a su vida de ambición y aventura, atenta a su sed de riquezas y al porvenir económico de su tierna hija Anita, a la cual, para que se conservase pura e ignorase la escandalosa vida de su madre, encerró en un pensionado. Fué la Bella Diamante carne que se vendió a magnates; tuvo suerte en su diabólica profesión: arruinó algunas fortunas; incluso, según se rumoreaba, fué la causa de algún suicidio. Esta aureola infernal la hizo aparecer más atractiva y seductora al loco barón de Serabia, que expulsó de su casa a la amante que entonces tenía, señalándole una pensión vitalicia, pensión que, al correr de los años, había dejado de satisfacer por motivos fútiles, y Fernanda Risler entró en la casa de Serabia como verdadera reina, y mirando al fin seriamente por su porvenir, sentó la cabeza y vivió sólo por aquel hombre, esforzándose por un eterno milagro de su astucia y su ambición en llevar el carácter del déspota, lo que conseguía con envidiable éxito. Todo esto fué posible porque Arturito era pequeño, pues, de haber sido un hombre, no hubiera consentido que entraran concubinas en su casa, pero como estaba de tantos años, era imposible echarla, máxime cuando al barón de Serabia le producía aquella mujer un invencible temor, el cual no era por cierto tan intenso como Fernanda hubiera deseado, pues, a pesar de su maña y sus descomunales esfuerzos, no podía conseguir que el barón se casara con ella: chocaba con la omnímoda soberbia de aquel señor, que de ninguna manera quería dar su mano de esposo a una mujer de la ralea de la Bella Diamante, y de ahí la alarma de ésta al ver aparecer de nuevo en la vida del barón a su ex amada condesa de Presqui.

El barón de Serabia se había casado dos veces, pero

ninguna de sus bodas fué por amor: la primera vez era muy joven; fué un convenio de los padres, y aceptó la esposa que le dieron, que murió a los pocos años sin dejarle sucesión. Durante su viudez se enamoró con locura de la opulenta joven Luisa Quintana, sobrina de unos marqueses; pero al carácter déspota del barón le resultaba más fácil congeniar con las mujeres que se venden y están acostumbradas a las humillaciones, que con las mujeres dignas, que tienen plena conciencia de su personalidad y sus derechos... Tenían frecuentes riñas de novios, y Luisa Quintana aprovechó una de ellas para dejar definitivamente a su prometido y se casó con el conde de Presqui, lo que causó un desgarrón terrible en el alma de don Julián; pero, orgulloso como siempre, logró sobreponerse a su dolor y tuvo el puntillo de casarse inmediatamente con la primera dama que encontró dispuesta a darle su mano; ésta fué la madre de Arturo, que murió cuando el niño tenía pocos meses, siendo criado por Marta, la esposa del colono de Los Rosales.

Don Julián no volvió a casarse. Tuvo varias amantes, hasta que se enamoró de la Bella Diamante, que soñaba ser baronesa de Serabia, de cuyas pretensiones se reía el propio don Julián, pero no por esto dejaba de temerla, pues lo tenía amenazado de muerte si la echaba de casa.

Al hallar de nuevo a la condesa de Presqui sintió reavivarse su inextinguida pasión, pero, no pudiendo casarse con ella por estar enredado con la Bella Diamante, para conservar su amistad apoyó con su habitual despotismo la candidatura de su hija Clarita a la mano de Arturo. El sufrido joven, aunque no hubiera tenido sagrados deberes con Julieta, de ninguna manera hubiera aceptado una boda impuesta a la fuerza, y las relaciones entre el padre y el hijo hubieran llegado a una tirantez extraordinaria de no haber ocurrido un accidente fortuito que puso fin a aquel estado de cosas. El automóvil de la condesa de Presqui se despeñó al dar un viraje, sufriendo la señora tan graves lesiones, que falleció a los pocos momentos.

El barón lloró su muerte como se llora a una esposa

tiernamente amada, pero al morir la madre dejó de apoyar a Clarita como pretendiente a la mano de Arturo.

VII

Era Clarita de Presqui el tipo de la mujer que se ha dado en llamar «moderna»; sólo la atraía lo que la igualaba a los hombres, causándole horror las cosas del hogar y las labores propias de mujer... ¿Deportista?... En casi todos era consumada maestra. Además era Clarita bellísima, uniendo a sus naturales encantos el desparpajo propio de sus naturales encantos, todo lo cual la hacía brillar como una verdadera reina en los salones, teniendo siempre a su alrededor un enjambre de serviles adoradores, por lo cual se creía irresistible para los hombres, maravillándose de que Arturo, a quien ella misma había declarado su volcánica pasión y perseguía con una tenacidad digna de mejor suerte, no le hiciera caso.

— Seré lo que tú quieras — le decía desesperada —: una mujer de mi casa, modesta, consagrada al hogar; renunciaré para siempre al género de vida que he llevado, seré una mujer a la antigua, como tú sueñas.

Pero se dió cuenta de que Arturo no le correspondía ni le correspondería jamás porque se estaba enamorando, aunque bien a pesar suyo por cierto, de una jovencita a quien el novel abogado preparaba para el ingreso en el Instituto Universitario.

Cuando Arturo terminó la carrera manifestó un plebeyo afán de ganar dinero en lo que fuera, lo que contrariaba a la soberbia de su padre y resultaba inexplicable a los ojos del mundo, porque el mundo entero ignoraba sus amores con Julieta, para quien y para su hijo quería crearse una posición independientemente de su padre, en previsión de lo que pudiera suceder. A este fin varios amigos le buscaban trabajo, entre ellos Diego Giráldez, que había empezado la carrera de abogado con Arturo, pero que tuvo que abandonarla

por reveses de fortuna. Le presentó primero un chico que alcanzó brillantes notas en el ingreso y primer año de Bachillerato, y luego le presentó una chica de la cual dijo ser tutor. El creciente éxito que como abogado alcanzaba le impedía aceptar nuevos alumnos. No obstante, por tratarse de una pupila de su amigo, tras gran lucha al fin la aceptó.

Anita Suárez, la discípula de Arturo, era hermosa como un querubín del cielo... pura como los lirios del campo... En sus grandes pupilas azules, que irradiaban todo el candor de la inocencia, creyó leer un día Arturo que en el alma de aquella virgen nacía un gran amor para su joven profesor... Sin duda alguna la ilusión primera... ¡Con cuánto placer daría en el encendido clavel de aquella boca un beso enloquecedor!... ¡Con qué embriaguez divina la estrecharía entre sus brazos!... ¡Cómo regalaría aquellos lindos oídos murmurando a su vera el madrigal del amor!... Pero él no podía ser un canalla con Julieta, que le había entregado honor, alma y vida y era madre de su hijo... El no podía tampoco alimentar ilusiones en el alma de Anita para troncharlas después, y en un magnífico y continuo gesto de heroísmo ahogaba aquel nuevo sentimiento en su corazón y permanecía ciego, indiferente, inmovible ante las miradas suplicantes, los rubores y las emociones de aquella niña para quien constituía el primer sueño y tanto deseaba que le diera a conocer, enamorado como ella, las mieles del amor...

En los exámenes alcanzó sobresaliente en casi todas las asignaturas, y al estrecharle su profesor la mano no pudo contener aquella niña el fuego que devoraba su alma y se atrevió a decir con voz queda como un suspiro: «Arturo, Arturo de mi corazón...», y, encendida como la grana, gruesas lágrimas corrían por sus mejillas... Arturo de Serabia continuó estrechando aquellas manos y, llorando como ella, bajó la cabeza mientras exclamaba:

— ¡Ofelia!... Pobre... Pobre Ofelia...

Pues aquella niña, inmensamente buena, divinamente pura y enamorada con delirio, era asimismo inmensamente desgraciada, pues su amor era un amor sin

esperanza, como el de la dulce enamorada de Hamlet. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Arturo se des- hizo de sus discípulos, recomendándoles otro profesor... Como respiró entonces Clarita de Presqui, aunque Arturo no se enamoraría nunca de ella. En evitación de lo que pudiera suceder más adelante, el joven abogado cumplió como cumple un hombre de honor, casándose con Julieta. Y un día, en Los Rosales, tuvo lugar la sencilla ceremonia de su boda, de la que fueron únicos testigos Marta y Tomás.

Algunas semanas más tarde, un automóvil, conducido por Clarita, se cruzó en la calle con el automóvil de Arturo, que iba solo y lo conducía él mismo. El joven no hizo caso de los bocinazos con que ella quiso llamarle la atención... Arturo se apeó varias veces para hacer compras en distintos establecimientos, y luego emprendió la marcha a Los Rosales, sin sospechar que en la carretera era seguido a prudencial distancia por el coche de Clarita de Presqui... Al descubrir la joven aquel oculto nido de amor, el despecho y los celos la llevaron a hacer toda clase de averiguaciones, y al enterarse de la boda secreta de Arturo, envió un anónimo a la Casa de Serabia, sin importarle que con ello pudiera desencadenar una tragedia.

VIII

Algunos meses antes del accidente de automóvil que costó la vida a la condesa de Presqui, la Bella Diamante, alarmada por el amor que el barón sentía por su ex novia, fué en busca de auxilio y consejo a casa de un antiguo amigo. Subió al segundo piso de una casa de mediana apariencia, y llamó a una puerta que decía: «Hipólito Maguncia. Colocaciones». Al darse cuenta aquel hombre de las pretensiones de Fernanda, no pudo menos que soltar una carcajada:

— ¡Tú, baronesa de Serabia!

— Sí, no es ningún absurdo; los viejos son niños otra

vez. Además, tú sabes preparar muchos filtros que yo podría dar al barón.

— Poco a poco; yo no empleo estas cosas sino en casos de absoluta necesidad. No hemos de olvidar tan pronto que existen cárceles y presidios — dijo el infame, cuyos huesos aun se resentían algo de la paliza del baroncito.

— Además tengo una hija.

— ¿Sí? No lo sabía.

— La tengo desde muy pequeña en un pensionado, v... francamente, quisiera casarla con Arturo.

— ¡Sopla!

— No lo tomes a guasa. ¿Qué mejor partido para mi hija? Un buen chico, de puritanas costumbres, abogado famoso y, por encima de todo, millonario.

— Bien, pero bastaría que sepa que es hija tuya para echar a correr despavorido.

— Esto es lo que hay que ocultarle de momento; después, cuando la ame, no va a dejarla por esta bagatela; siendo un chico serio y romántico, yo creo que ha de interesarle una mujer pura y bella como mi hija, y en cambio detesta a las coquetas y atrevidas. Si tú vieras cómo se ríe de Clarita de Presqui, la hija de mi rival.

— Bueno; ¿y en qué puedo serte útil en este asunto?

— Deseo que me ayudes a discurrir un medio para ponerlos en relación, porque él no frecuenta fiestas ni reuniones.

Quedaron silenciosos breves momentos, después de los cuales dijo Maguncia:

— Tengo un amigo, Diego Giráldez, que es un tramposo de marca mayor, aunque por fortuna lo ignora Arturo, de quien había sido compañero de estudios. Este puede fingirse tutor de la chica y solicitar de Arturo que sea su profesor, dejando luego en manos del destino si los tortolitos se enamoran o no.

Después de haber ajustado los intrigantes el precio de aquellos trabajos preliminares, Fernanda se marchó a su casa con el corazón henchido de esperanzas, y algunos días más tarde Anita ya era discípula de Arturo, siendo advertida antes por su madre que no

dijera a nadie que era hija suya, pues estaba refñida con Arturo y éste dejaría inmediatamente de ser su profesor, lo cual sería sensible, pues era un hombre de mucho talento.

Todo iba a pedir de boca. Fernanda creía que Arturo se enamoraba de su hija; en llegando la época de los exámenes, el mismo Giráldez, para no comprometer el éxito de la empresa si Arturo llegase a descubrir que su tierna discípula era hija de la Bella Diamante, se ofreció, so pretexto de ayudar a su amigo, para sacar la partida de nacimiento y presentar la documentación de los alumnos, y tanto Giráldez como Fernanda encontraron inexplicable la resolución de Arturo después de los exámenes negándose a continuar dando aquellas lecciones, pretextando, como siempre, el agobio de trabajo; pero el anónimo de Clarita de Presqui, que cayó como una bomba en la casa de Serabia, vino a explicarles la conducta del joven, viendo con toda claridad lo que ocurría.

A raíz de aquel anónimo, el barón arrojó del hogar a su único hijo, amenazándole con legar todos sus bienes al convento de las Adelaidas, donde estaba su prima, excepción hecha de lo que legara a Fernanda Risler como premio a haberle sido fiel durante tantos años.

— Nada te necesito — dijo Arturo con dignidad —. Incluso renuncio al derecho de legítima. Con mi trabajo gano lo suficiente para mi esposa y mi hijo.

IX

La ambición desmedida de la Bella Diamante y el dolor de su hija, que no podía olvidar a Arturo, hicieron de nuevo dirigir sus pasos al domicilio de Hipólito Maguncia; tuvo que esperar, pues tenía visita. Salieron, al fin, dos señoras de aspecto decente, y Fernanda penetró en el despacho.

— Lo mejor sería — dijo Maguncia — que hablaras claro a tu hija descubriéndole la boda de Arturo. Nadie

se muere de amor, y, paulatinamente, iría conformándose.

— ¡Oh! No, no; tú no sabes cuánto le quiere: no tiene tranquilidad ni sosiego, lo recuerda de día y de noche, y antes que se muera ella, primero...

— ¿Qué? — preguntó Maguncia, algo asustado.

— Que muera Julieta.

— Arturo es abogado.

— Siempre el mismo temor.

No era la Diamante una mujer que se volviera atrás cuando se proponía algo, por absurdo que fuera. Redobló, triplicó sus ofertas y promesas, mientras los ojos del ruin se encendían y centelleaban de codicia, y al fin exclamó:

— Sí, sí; me has convencido. Debo ayudarte y vengarme de la paliza que recibí por aquella bribona de Julieta... Uno de mis preparados produce una enfermedad parecida a la fiebre de Malta y llega a ocasionar la muerte tomándolo algún tiempo. Pero, ¿quién se lo dará a Julieta?

— Ya lo tengo previsto y hablado. Julieta necesita criada; Marta, la colona de Los Rosales, desempeña interinamente las funciones de doméstica. Conozco una muchacha que se llama Justina y por apodo la Niña de las Perlas; dejó de ser criada para ser cupletista, pero fracasó y no ha vuelto a servir; se gana la vida como puede en los suburbios del vicio; esta muchacha está dispuesta a servirme.

— Bien; y Giráldez, como amigo de Arturo, pagándoselo bien, puede hacer un certificado para que la acepten.

— ¡Maravilloso! Ya sabía yo que iba a salir complacida de esta entrevista.

— Lo que vas a obligarme tú con tus enredos es a vivir preparado y con la maleta hecha para escapar al menor peligro a vivir tranquilamente en el extranjero, gozando del producto de mis afanes.

— De tus infamias querrás decir.

— No lo creas; la mayor parte de los asuntos que trato son honrados. Aquellas señoras que había en el despacho cuando has venido, desean que les coloque

un sobrino como chofer en una buena casa, y yo soy indicadísimo para estas cosas, pues como frecuento las iglesias, me toman por un buen cristiano y la gente acomodada tiene en mí una confianza sin límites.

— Eres el diablo en persona — dijo Fernanda, echándose a reír, y, despidiéndose del malvado, se marchó a su casa respirando optimismo... Aquel hombre se lo arreglaría todo: una vez muerta Julieta, volverían a poner en contacto Arturo y Anita; ésta sería la llamada a consolarle en su viudez, volverían a quererse, y con los inagotables recursos de la ciencia de Maguncia doblegarían la voluntad del barón y su heredero para que se casaran con ellas.

X

Para poner en práctica el plan concebido, la Bella Diamante tropezó con la dificultad de que la Niña de las Perlas no se atrevía a dar el veneno a su señora por temor a Arturo, y a este fin maquinó otro plan para alejar al abogado del lado de su esposa.

La Casa de Serabia había sostenido un largo pleito por la posesión de unas propiedades en Valdemediano, y aprovechándose la pérvida del odio que tenía el barón a su nuera, le propuso que, siendo Arturo abogado, reanudara aquel pleito; así daría a Julieta el disgusto de separarse de su amantísimo esposo. Y don Julián, ni corto ni perezoso, escribió a su hijo.

No puede describirse la alegría de Julieta y Arturo al recibir aquella carta... ¿Es que empezaba a ablandarse el corazón del anciano?... ¿Sería aquello los albores de una nueva era de paz, amor y concordia?... ¡Oh! El dolor de verse separados por una temporada indefinida bien valía la pena si había de tener como premio la reconciliación con el orgulloso barón...

Arturo dejó todos sus asuntos pendientes bajo la dirección de un inteligente pasante, y se trasladó a Valdemediano, y Julieta, que había puesto una confianza sin límites en su nueva criada, la cual demostraba

astutamente un gran cariño para la señora y el pequeño, no se consideraba tan desgraciada ni tan sola teniendo aquella mujer en casa.

Al cabo de poco tiempo enfermó el barón, y aunque no corriera peligro su vida, era, no obstante, una enfermedad de importancia para que pudiera servir a Julieta de pretexto para hacerle una visita y pedirle perdón por el atrevimiento de haberse casado con su hijo... Iba animada, porque el hecho de haber llamado a su marido para el asunto de Valdemediano era un buen augurio... Iba sola con el niño en los brazos, en la completa seguridad de que la sonrisa del nieto ablandaría el corazón del abuelo...

Dos mujeres no se separaban del lado del enfermo; se odiaban, eran rivales, pues ambas deseaban las riquezas de don Julián; pero no tenían más remedio que sufrirse mutuamente por la omnimoda voluntad del dueño de la casa. Eran sor Raimunda y la bella Diamante.

El enfermo se puso fuera de sí al anunciarle la visita de su hija política, y exclamó implacable:

— ¿Cómo se atreve esta mujerzuela a hacerse pasar por la esposa de mi hijo?... Con su presencia mancilla esta casa; arrojadla ignominiosamente.

Como Julieta insistiera, los criados iban a cumplir brutalmente la orden del señor, cogiéndola por el brazo a pesar de sus protestas, para echarla a la calle.

— ¡Por Dios! — decía la infeliz forcejando —, no lastiméis al niño... ¿Está en la casa sor Raimunda? Decidle que deseo hablarle.

Julieta había querido tocar como último resorte la piedad del alma de la religiosa, pero esta contestó secamente a los criados, atenta sólo a agradar al barón:

— Decidle que no estoy.

Julieta se marchó con el alma destrozada, jurándose a sí misma no volver a intentar aquella reconciliación tan ardientemente deseada... Ella, la legítima esposa de Arturo, arrojada de la casa como una vil prostituta, mientras la Bella Diamante vivía allí como una reina, esto era monstruoso y la joven no podía digerirlo y su salud envidiable hasta entonces se quebrantaba sensiblemente, sirviendo de lenitivo a sus dolores las tiernas

cartas de Arturo, el puro amor de su hijo y el falso cariño de la sirvienta, que estaba muy lejos de suponer era la mano criminal que le causaba sus malestares físicos.

«No vengas, esposo mío — escribía con frecuencia a su marido —; ya me aliviaré; no enojas a tu padre, que tarde o temprano comprenderá la injusticia que nos hace.»

La brisa de la noche empezaba a molestar a don Julián, y el barón, dejando sus tristes reflexiones, iba a retirarse al interior de su aristocrática vivienda cuando oyó una misteriosa conversación en el interior de la glorieta. Acercóse con cautela y oyó las palabras «veneno» «Julieta»... ¡Santo Dios! Trataban de envenenar a su nuera. Aunque él la odiaba, era incapaz de atentar contra su vida... La voz de una de aquellas miserables era la de Fernanda, la otra era desconocida.

— Ni usted se casará con el barón ni su hija con Arturo; es usted una visionaria; págume lo que convinimos, porque quiero marcharme inmediatamente al extranjero.

— No puedo, he tenido que entregar una fuerte suma a Maguncia y me encuentro sin dinero. Además, yo no me comprometí a darte nada hasta después de la muerte de Julieta.

— Marta no nos ha estropeado el asunto, pues yo he triplicado las últimas dosis y Julieta morirá forzosamente.

— ¡Furias infernales! — exclamó el barón crispando los puños —. Y yo he sido, Dios mío, con mi odio estúpido, cómplice de tan espantoso delito...

Y entonces brilló clara la luz en su cerebro: había alimentado en su hogar a una víbora y había arrojado a un ángel; había preferido encenagarse en los inmundos deleites de la lujuria sacrificando los puros goces de la familia, y Sor Raimunda no había querido mostrarle la monstruosidad de su conducta.

Con un médico partió a Los Rosales con el noble fin de salvar a Julieta, pero sólo llegó a tiempo para recoger su último suspiro y jurarle que sería un buen abuelo para el niño, al que instituyó heredero universal, y la joven expiró en una plácida sonrisa; entonces pudo

darse cuenta de cómo era querida, idolatrada, la baronesa Julieta en Los Rosales.

Mientras estaba sucediendo todo esto, un automóvil salía a toda prisa de Valdemediano, y Arturo, con la nerviosa mano en el volante, devoraba kilómetros en marcha loca, infernal; cerca de Los Rosales fué a estrellarse contra un poste que no fué visto en su ceguera y murió pronunciando los nombres de su esposa y de su hijo.

La desesperación del barón ante esta doble desgracia no tuvo límites, y cuando, calmado su dolor, pudo razonar, hizo añicos el testamento otorgado a favor de las Adelaidas, instituyendo heredero universal a su nietecito.

La Diamante y La Niña de las Perlas fueron encarceladas inmediatamente, pero Maguncia, con su habilidad nunca desmentida, supo evaporarse como una sombra, huyendo a tiempo al extranjero. La inocente Anita enfermó gravemente, pero al fin la juventud reaccionó y se encargó de ella su tía, que le pagó los estudios de maestra.

Cierto día, al atardecer, regresaban Tomás y Marta de las faenas del campo, con un cesto de flores, para depositarlas en la tumba de Arturo y Julieta, y vieron a una mujer arrodillada que lloraba con inmenso desconsuelo. Marta se le acercó, diciendo:

— Como está anocheciendo, si usted gusta, señorita, puede venir a descansar a nuestra casa.

— No lo merezco — dijo irguiéndose en ademán desesperado —. Yo he sido la ponzoña que mata, el puñal que asesina; los celos y la envidia me impulsaron a delatarlos, y hoy vivo atormentada por los remordimientos.

— Sosiéguese, señorita — dijo Tomás a Clarita de Presqui —. En sus lágrimas de contrición está sobradamente redimida del mal que hizo, y si usted quiere, puede ayudarnos a embellecer esta tumba en la que reposan seres admirados y queridos, los cuales en este siglo de vanidades, de frivolidad, de aventuras fáciles, han hecho revivir la romántica y conmovedora historia de Romeo y Julieta. El amor es eterno como el mundo.

cal.—265. *Sor luz en el infierno*, de Rosario Montes.—266. *La aurora*, de Juan Gallego Crespo.—267. *La tragedia de Pepita*, de Federico Urales.—268. *Un hombre*, de Federica Montseny.—269. *El sin trabajo*, de Fernando Gispert Boix.—270. *Historia de una gran mujer*, de Arturo Llorens.—271. *Deuda pagada*, de Miguel Rivas.—272. *El San Martín de Basquiñas*, de Román Cortés.—273. *El despertar*, de Angela Graupera.—274. *Cuando el amor es delito*, de A. Fernández Escobés.—275. *Reina de la belleza y del dolor*, de Federico Urales.—276. *Fango en el oro*, de Dora Ferré.—277. *Desde la creación*, de Valentín Obac.—278. *La venganza de Pedruco*, de Lázaro Brocal.—279. *Cara a la vida*, de Federica Montseny.—280. *El hombre que huía de las mujeres*, de Vicente Roca.—281. *El Nudo Gordiano*, de José Sanjurjo.—282. *La Hechizada*, de Rafael Peña.—283. *Cura de amor*, de Federico Urales.—284. *En la adversidad*, de Fermín Campos.—285. *La cigarra y la hormiga*, de Angela Graupera.—286. *El asalto*, de Vicente Ballester.—287. *A donde lleva el lujo*, de Antonio Guardiola.—288. *Los vencedores*, de Máximo Hamletón.—289. *Las vidas rotas*, de M. Badía Colomer.—290. *La virtud sospechosa*, de A. Fernández Escobés.—291. *La repudiada*, de Federico Urales.

DE TODAS ESTAS NOVELAS
SE SIRVEN COLECCIONES

Precio de cada volumen : 15 céntimos